

Prólogo

Educación y emancipación: una relación vigente en el siglo XXI

Ricardo García Duarte

Educación quiere decir, etimológicamente hablando, conducir, guiar hacia alguna parte. Pero ese conducir y su meta entrañan también su propia desviación: el conductismo, esa respuesta mecánica al estímulo externo; lo cual podría ser un vicio, conjurable bajo la perspectiva de una educación crítica.

Conducir u orientar son verbos que sugieren la idea de un faro para la exploración de nuevos terrenos; del bosque por ejemplo, de la montaña o el río; en donde se encuentran lugares identificables, pero así mismo zonas de riesgo, collados inhóspitos y desconocidos; toda una metáfora sobre la aventura, que encierra moralmente la asimilación de códigos de actuación y, al mismo tiempo, el hecho desconcertante del descubrimiento, ejercicio antrópico que ensancha el conocimiento y abre las puertas de las ciencias.

También emerge otro modelo, no por la vía de la conjetura, sino por medio de la ficción: un Dante guiado por Virgilio, sabio y veterano, el dulce pedagogo quien le muestra con ironía los círculos del infierno, en donde giran, capturados por una suerte aciaga, los poderosos y defraudadores del mundo, cargando lastimosamente con sus miserias. Alegoría plena de una acidez crítica y deconstructora en búsqueda de la identidad y que muestra sin contemplaciones la injusticia y el reverso de la vida social, junto con sus vanidades: un ejercicio de visualización estética, social y moral, pleno de un humanismo enriquecedor del individuo que lleva a un horizonte de libertad y exaltación divina.

Vigotsky, un reconocido estudioso de la educación, habla de ella preferencialmente en los términos de un viaje conjunto realizado por el maestro y el alumno, quienes enfrentan los hallazgos, que dan lugar a la reflexión compartida, en la que se inscribe el papel orientador del docente; dialéctica de intercambios en la cual la formación creativa del estudiante halla su lugar.

Kant, cuyo pensamiento es paradigma de la metafísica liberal moderna, ve la educación en unos términos parecidos a los de la Ilustración, nueva matriz cultural de sociedad en la que cada uno se hace dueño de su destino al escapar del capullo protector de la infancia y enrutarse hacia la adultez, en un sentido figurativo, como si se tratara de alguien que se hace amo de su propia voluntad. Es un viaje de desarrollo óptico, constructor de su propia subjetividad, pues el camino lo recorre cada uno, como si fuera un emprendimiento del individuo hacia su autonomía como sujeto, un esfuerzo para asomarse no solo al territorio de la libertad, sino al espíritu crítico.

Con su fuga simbólica desde su estado de infancia hacia su completud, el sujeto saborea las mieles, pero también las incertidumbres de la libertad, independiente ya del tutelaje que supone la obediencia al amo, al profeta o al dictador; idea esta que ya había suscrito Spinoza, el filósofo de Ámsterdam, amigo de liberar las potencias alegres del alma contra las limitaciones tristes que la sofocan.

Ahora bien, si la autonomía del individuo —la de razonamiento, la decisión y la acción— lo lleva a tocar el cielo de la libertad, esta última le permite gozar el dulce infierno de la crítica, es decir, le proporciona el dispositivo con el que enciende sus alarmas no solo frente a la falsedad, sino también, como podría anotar Foucault, frente a la verdad misma; en la medida en que esta deviene la sutil coraza del poder. Porque la verdad se puede transformar en este último, esto es, en el propio poder, del mismo modo como él se reviste de su propia verdad, arma que facilita su legitimación. Por esta razón, nadie ha de conformarse con la verdad pura y simple; tampoco con el poder, por más adornada que sea su presencia. Cuando la desnudez reemplaza a la ornamentación del poder, a la vestimenta del rey, este se ve obligado a exhibir otra cara más desapacible. De igual manera, en la verdad caben relaciones y ritualizaciones cuyo objetivo último es perpetuar un poder, al que hay que enfrentar con la deconstrucción, pieza por pieza, lo cual es dable desde el punto de vista de la justicia, de la estructura social o de la ciencia.

Entre la libertad y la crítica se abren las posibilidades éticas y epistemológicas de la construcción del individuo contemporáneo, imagen quizá evanescente del sujeto moderno. Se trata de una libertad crítica y a la vez de una crítica libre, polos intercambiables en los que se mueven la verdad, la consciencia moral y el poder.

Precisamente, la educación se inscribe en ese espacio que se desplaza entre la libertad y la crítica. Ambos polos le entregan los ingredientes con los que puede fabricar su sentido. En la libertad reside la ampliación de los horizontes para el saber, para las experiencias y la verdad. En la crítica se ubica la actitud para cuestionar, interrogar esa misma verdad y transformar el conocimiento, la sociedad y los hilos del mando y la obediencia.

La educación, en tanto práctica social —también como dispositivo cultural—, debe situarse entre esas dos grandes categorías, la libertad y la crítica.

En Kant y Rousseau, la libertad define el horizonte de una ética ciudadana. En el mismo Kant y en Foucault, la crítica organiza la disposición de interrogar la verdad y de interpelar el poder, el político naturalmente, pero no solo este; también el poder múltiple, de modo que se puedan deconstruir relaciones sacrosantas y preparar así el ámbito para el espíritu libre.

Entre la libertad y la crítica se mueve también el lenguaje, estructura de significantes y de significados, forja de sentidos; pero también universo maravilloso de simbolizaciones y resignificaciones; un mundo de vida prodigioso; con su capacidad para expresar la realidad, al tiempo que la produce; universo para decir las cosas, pero así mismo para hacerlas; organizador de lo que existe e igualmente hacedor de lo que no; ordenador ubicuo y creador múltiple.

Al hablar del aprendizaje y la enseñanza, el psicólogo Jean Piaget ha destacado el hecho de que el niño empieza realmente a controlar los códigos morales y los complejos elementos cognitivos, en medio de un ejercicio social de carácter colectivo; esto es, en medio de las reciprocidades de la experiencia, juego complejo de la vida.

Por ello, el lenguaje es a la vez relación con los demás y apropiación intrapsíquica de los objetos y de las personas; conceptualización y fijación abstracta.

El lenguaje interviene en la formación, del mismo modo como esta se sumerge en el océano lingüístico. Así, educación y lenguaje coexisten y se nutren, como si fueran una fábrica común de carácter moral, ético y cognitivo.

En las posibilidades transformadoras del lenguaje cabalgan, así mismo, las potencialidades revolucionarias de la educación; con toda su capacidad de formar, de empujar las fronteras del conocimiento y la verdad; y también de abrir los horizontes de nuevos mundos, algo cercano a la emancipación, que no se consigue con la sola instrumentalización mecánica del conocimiento; con la sola respuesta de un pensamiento repetitivo y acrítico.

Estructura del libro

Para comprender las aristas que conforman el carácter multidimensional de la educación superior en Colombia, el presente libro se divide en tres partes: en la primera, titulada “Orientaciones filosóficas y modernas para la educación superior en Colombia”, el capítulo inicial, escrito por Ricardo García Duarte, busca analizar la naturaleza filosófica, investigativa y pedagógica de la educación. En este, el autor realiza una aproximación a lo que significa la filosofía crítica en educación, acudiendo a distintos conceptos propuestos por pensadores, entre los que se incluyen Kant, Marx, Weber, y la Escuela de Fráncfort. El segundo texto, desarrollado por Sandra Soler Castillo, tiene como fin analizar la praxis de las teorías de las pedagogías críticas, de resistencia y emancipatorias, hacerlas más tangibles y, por tanto, más viables en los contextos particulares de la escuela y las prácticas cotidianas, mediante la exposición del término de resistencia, hasta llegar al concepto de la emancipación. Guillermo Bustamante Zamudio, en el tercer capítulo, analiza la pedagogía como un problema analítico, enfocado en el abordaje de lo que es la pedagogía como concepto, y lo que la conforma en su estructura. A su vez, intenta realizar un acercamiento a la investigación educativa en universidades públicas, a partir del desarrollo de cuatro paradigmas que tiene la investigación en la educación superior: producción y recontextualización, sentido y anclaje, realismo y relativismo, pragmática y estructura. El cuarto capítulo, de Patricia Martínez-Barrios, procura entender si la gobernanza de las universidades es precondition necesaria para lograr la calidad, cumplir a cabalidad su misión de bienes públicos al servicio del desarrollo regional, y contribuir, como proyectos educativos inclusivos, a la ampliación de oportunidades para todos y a la construcción de una paz duradera. Esto, materializado en un estudio de cuatro universidades colombianas, en el que se establece qué incidencia tiene la gobernanza institucional sobre la calidad de la educación superior. El capítulo que cierra la primera parte, escrito por Carlos Jilmar Díaz-Soler, interroga la pedagogía como problema, identificando qué se entiende hoy por pedagogía, para proponer algunos elementos que contribuyan a precisar sus fundamentos y trabajar en pos de una analítica que posibilite comprenderla, en la perspectiva de abrir un espacio de reflexión que contribuya a su discusión.

La segunda parte, “Movimientos estudiantiles y financiación de la educación superior en Colombia” conformada por tres capítulos, comienza con el texto de Adolfo León Atehortúa Cruz, quien realiza un acercamiento a las movilizaciones estudiantiles, llevando a cabo un recorrido por el movimiento masivo de estudiantes del 2018, y analizando si este se puede catalogar como un hecho histórico, teniendo en cuenta lo excepcional que haya sido, su contexto de desarrollo, y sus logros y falencias. Luego, Julián de Zubiría Samper se encarga de justificar que tres son los principales cambios requeridos a nivel pedagógico

en la educación superior: repensar sus modelos pedagógicos vigentes, reestructurar sus currículos de manera que garanticen la formación de un pensamiento crítico y argumentativo; y una profunda transformación de los sistemas de evaluación, de manera que logren evaluar y no solamente calificar los procesos cognitivos, prácticos y valorativos de los estudiantes. En el siguiente capítulo, Pablo Vommaro aborda los principales retos, problemáticas y perspectivas de la educación superior en Colombia y en América Latina, enfocados desde las dinámicas de participación estudiantil y las disputas por la educación, concebida como bien público alrededor del cual se han producido diversas pugnas en las últimas décadas, y la participación estudiantil entendida como inherente a la concepción de una democracia inclusiva.

La última parte del libro, que se refiere a “La universidad en tiempos de globalización: apuestas desde el territorio, la región y el modelo socioeconómico”, está conformada por cuatro capítulos. Primero, Natalia Ruiz Rodgers hace una aproximación a la diferencia que ha marcado el tiempo respecto a la participación que tiene la universidad en los territorios, qué modelos de educación superior se han logrado implementar en estos lugares y sus respectivos desafíos, teniendo en cuenta la multiculturalidad y diversidad de saberes. Ruiz describe las condiciones actuales de la educación en las diferentes regiones y analiza las tensiones entre las diversas circunstancias en el pasado, las parsimoniosas dinámicas de cambio y los desafíos futuros de cara al desarrollo territorial y regional, en un contexto global de variaciones constantes en los modelos de aprendizaje y de incertidumbre laboral. Por su parte, René Montero Vargas aborda el tema de la cobertura de una manera virtual, retomando los datos empíricos del curso de un programa profesional a distancia que él imparte, para ofrecer determinados análisis con los cuales busca presentar un panorama de los retos que revisten tres aspectos que hacen parte de las consignas con las cuales se promueve la modalidad educativa virtual: la flexibilidad, las formas de interacción y el manejo de contenidos disciplinares. A continuación, María del Pilar López Rodríguez busca identificar las distintas perspectivas de región que se tienen en torno al capitalismo global, los problemas de orden territorial, y el déficit en financiación en zonas rurales, consecuencia de dicha situación. Además de esto, intenta reflejar la crisis galopante que acaece al sistema educativo superior colombiano, el cual se ha distanciado de las necesidades sentidas del territorio, para reconocer como propias las tendencias del mundo globalizado, entre las que se encuentran: la mercantilización del conocimiento científico, la internacionalización *per se* de la educación, y el uso de métricas que propenden por la señalización y atracción de la demanda. Y, por último, Jaime Andrés Wilches Tinjacá, María Camila Cuello Saumeth y Lizeth Nataly González Guaje examinan los retos de la universidad en un contexto de globalización, abordando la proliferación de nuevas carreras, carreras híbridas, o programas profesionalizantes (tomando como corpus de investigación los relacionados con el área

de administración y afines), en los últimos años en Colombia. Las autoras y el autor realizan un comparativo entre carreras tradicionales, sus equivalentes profesionalizantes, y el análisis que implica identificar qué tipo de programas responden mejor a la dicotomía “éxito económico y progreso social” en la Universidad del Siglo XXI.

En síntesis, seis autoras y ocho autores con visiones y trayectorias diversas, pero articulados en una vocación innata por la construcción de un país que sustente en la educación las bases de un proyecto político, económico y social de largo plazo. Todas y todos han consagrado su vida a una dimensión fundamental para la defensa de una sociedad democrática, crítica y progresista. Por supuesto, el libro también abre espacio para voces que, inspiradas en estos referentes, quieren tomar la posta de una carrera, que, en el caso de la defensa de la educación superior, parece agotadora, pero a la vez satisfactoria, cuando se logra que un proyecto educativo influya en individuos y colectivos que dicen no al conformismo y sí a la posibilidad de pensar desde la emancipación y la capacidad de transformar lo que parece inevitable cambiar.

Para finalizar, este proyecto no se habría materializado sin el apoyo invaluable del Doctorado Interinstitucional en Educación (dirigido por el profesor Harold Castañeda), el Grupo de Investigación Representación, Discurso y Poder (Categoría A Colciencias) y la Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (dirigida por Rubén Carvajalino), quienes garantizaron un trabajo riguroso en los procesos editoriales y transparente con la designación de pares evaluadores que, con sus observaciones, críticas y recomendaciones, otorgaron el aval y reconocimiento a este libro como producto y resultado de investigación.

A las autoras y los autores, un sincero agradecimiento por su disposición a formar parte de esta iniciativa, la cual no se detiene con la publicación de este libro. Por el contrario, toma un impulso, necesario en tiempos donde la coyuntura nos invita a pensar en otros mundos posibles.